

inaccesibles Montañas detener la violencia de su curso. Todo está à favor de su designio: La ignorancia de los Sacerdotes, la groseria de los Pueblos, la malicia de los tiempos, los vestigios, que havia dejado la heregia de los vacios, con que se halla al pasar por este pais; y sobre todo, las malas costumbres; que son disposiciones para malas creencias. Introdúcese por los estrechos, ó gargantas, llega en fin hasta las cumbres de las montañas, para precipitarse despues en aquellas dichosas campiñas, donde la fé de los Bernabés, y de los Ambrosios estaba todavia en su pureza, y para ir á arruinar, si huviese podido, aquella Ciudad Santa, en que Jesu-Christo ha puesto el centro de la Religion, y el Trono de su Iglesia.

¿Y qué hace San Carlos? Toma en la mano la espada de la palabra de Dios, que es espada cortante de dos filos; armase de todo el ardor de su zelo, y defiende con una vigilancia increíble las entradas de su Diocesis. Tan presto hace retirar á aquel hombre enemigo, que viene de noche á sembrar la zizaña en el campo, que Dios le dió á cultivar: Tan presto arroja de él á aquel corrompedor, que viene à autorizar abiertamente las relaxaciones, é introducir con el error el libertinaje. Confunde unas veces à la vanidad, que quiere mostrar su espiritu en sostener una mala doctrina; otras veces contra la curiosidad, que presta el oído á peligrosas persuasiones; escribe, para refutar á los unos, y predica, para asegurar à los otros. Triunfa la fé, brama la heregia, y se le acaban (aunque rabiando) sus desgraciadas conquistas sobre los ultimos terminos de su Obispado.

Ni mostró menos aplicacion en arreglar lo interior de su Diocesis, y en restablecer la disciplina. Comenzò por la instruccion, y por la reforma del Orden Eclesiastico; para renovar el rebaño, creyó, que era necesario renovar los Pastores, y realzar el honor, y las funciones del Sacerdocio. Bien sabeis vosotros, Señores, que las costumbres de los fieles ordinariamente dependen de las cos-
tum-

tumbres de los Eclesiasticos, que los gobiernan; y que es mucha verdad, lo que decia el Propheta, que *qual es el Sacerdote, tal es el Pueblo.* (a) Como naturalmente se tiene inclinacion à obrar mal, es muy facil justificarse del mal, que se hace, por el exemplo de aquellos, que deben ser modelos de los otros. Pierdese el temor de ser reprehendidos, de los que están destinados, para corregirnos, quando caen en los mismos defectos, que nosotros; y se cree uno descargado de las obligaciones de la Religion, quando los que la predicán, y los que la enseñan, la desprecian, ó la desacreditan.

Juzgad, pues, Señores, del desorden de los Pueblos por el del Clero, en lugar de Pastores no havia casi sino mercenarios. El Sacerdocio havia llegado à ser una Dignidad mundana en los grandes, ò un oficio en los pequeños. La avaricia les parecia una loable prevencion, el juego continuo un inocente pasatiempo, la pereza un decente descanso á su profesion, el concubinato un remedio contra el adulterio: Su groseria, y rufficidad havia llegado hasta creerse dispensados de confesar sus pecados; porque oían las confesiones de los otros. No querian, ni saber la Ley de Dios, ni practicarla, y dejaban en duda à los buenos, que gemian estos desordenes, qual de los dos extremos era el mas vituperable, el desorden de las costumbres, ó la ignorancia de sus obligaciones.

Pero lo que havia mas deplorable era, que aquellos vicios eran inveterados, y que si no era permitido sufrirlos, tampoco era casi posible corregirlos, y enmendarlos. Por eso fue mayor el trabajo de San Carlos. Oíd, hermanos mios, y temblad aqui conmigo: Quando las personas consagradas á Dios han quebrantado las reglas de su profes-

(a) *Et erit sicut Populus, sic sacerdos.* Isai. 24. v. 2.

fesion, su conversion es casi imposible. Ellos están más instruidos, y por consiguiente son más culpables. Sus pecados son más escandalosos, y por consiguiente más difíciles de reparar: Havian de hacer respetar la Religion, y la desprecian, y hacen menospreciarla á otros; están más obligados à caminar ácia Dios, y estan más tocados de una ceguedad mayor, quando tanto se apartan de él. En efecto: ordinariamente se ve muchas veces, que las gentes mundanas por la misericordia de Dios buelven de sus desvarios; pero los malos Religiosos, y los malos Sacerdotes necesitan de un golpe de su Mano Omnipotente, para convertirse.

Y así nada olvidò San Carlos, para reformarlos, y para instruirlos, exhortaciones, reprehensiones, predicaciones, Synodos, y Conferencias. ¡Con qué eloquencia no les mostró, que era necesario entrar en la Iglesia por medio de una vocacion divina, y no por motivos, y fines interesados! ¡Que el Sacerdocio de Jesu-Christo no es un titulo de ociosidad, sino un ministerio de cuidado, y de trabajo por el Evangelio! ¡Que para hacer venerable su dignidad á los Pueblos, la debian respetar primero ellos mismos; y que en vano emprenderian reconciliar à los otros con Dios, si ellos mismos no lo estan bien con él; y si, como son los Sacrificadores de Dios vivo, no son tambien sus víctimas!

¡Con qué fuerza no les enseña, de quanto precio, y consecuencia es la salvacion de una alma rescatada con la sangre de Jesu-Christo; qué rastra ordinariamente, trae consigo la vida escandalosa de un mal Sacerdote; de qué valor, y estimacion son los mysterios, que Dios ha puesto en sus manos, para ser los fieles dispensadores de ellos; qué cuenta havian de dár al Soberano Juez de las almas, que se les havia encargado; qual debe ser la pureza de un hombre, que toma en sus manos, que consagra, que reparte, y que recibe todos los dias el Cuerpo, y Sangre de Jesu-Christo! ¡Con qué eficacia no les

enseña, que las rentas de sus Beneficios, no están instituidas, para mantener á sus parientes, ò para engrandecer su familia; que están marcadas con el sello de la Cruz, y de la caridad de Jesu-Christo; que así como vienen de las limosnas, se deben convertir en limosnas; que no es permitido hacer de ellas dispendios, ó adquisiciones, y emplear en usos profanos el fruto de la piedad de los fieles!

Ganalos, pues, por su dulzura, y los reduce por su paciencia. Si predica, todos sus oyentes se compunguen, y derraman lagrimas; si escribe Cartas Pastorales, se podia decir, que era la caridad, quien se las havia dictado: Si corrige, mueve los corazones sin contristarlos; ó si los contrista, es para la conversion, y la penitencia: Si castiga, se descubre por entre una severidad justa, una ternura paternal. No obstante, nada tiene de debil esta bondad; y el zelo tomó, quando fue preciso, el lugar de la paciencia. Bien lo experimentó Roma solicitando cerca de la Santa Silla, la reforma de los Grandes, y bolviendo (digamoslo así) la espada Apostolica contra las inveteradas concupiscencias de la Corte. Vióle Milan con el rayo en la mano, quebrantar el orgullo de sus Gobernadores, quando se atrevieron á oponerse à la justicia, ò á violar los derechos de la Iglesia. ¿Quantas veces no hizo retirar de los Altares à los Sacerdotes, que escandalizaban la Iglesia de Dios, y que obstinadamente se resistian à la disciplina? ¿Quantas veces (á exemplo de Jesu-Christo) tomando el latigo en la mano echò del Templo á los que hacian de la Casa de Dios una Cueva de Ladrones, ò una casa de trafico, y comercio? (a) ¿Quantas veces encendió, y avivó el fuego de su zelo contra aquellos, que abrasandose con el fuego de sus pasiones se

atre-

(a) Joan. 2. v. 14. 15. & 16.

atrebian á acercarse à los Altares , y llevar delante de Dios incienso ageno de aquel lugar , y fuegos profanos.

Pero no llega á usar de este rigor saludable , sino despues de haver agotado todas las astucias ingeniosas de la caridad. ¡ Quantas lagrimas no havia él derramado , para apaciguar la ira de Dios , y para alcanzar la conversion de sus hermanos ! ¡ Quantas noches no havia pasado embuelto en un saco de cerdas , y en un cilicio , poniendose en el lugar del pecador , y encargandose delante de Dios de su penitencia ! ¡ Quantas veces havia opuesto su liberalidad á su avaricia , su moderacion à sus violencias , su pureza á sus excesos , y liviandades ! ¡ Quantas persecuciones , y trabajos no padeció él por la Justicia ! Tienen à su exactitud por una severidad indiscreta ; echanle en cara , que introduce novedades , y que impone à su Pueblo un yugo insoportable. Los Predicadores le desacreditan publicamente en los Pulpitos : Sus acusadores , para bolver por su credito , hacen censurar uno de sus concilios Provinciales ; los Sacerdotes , por defender sus pretendidas inmunidades , hacen , que llueva una nube de golpes sobre una cruz , que llevan detras de él , y que le sirve de broquél , ó escudo en esta ocasion : Un Religioso , ò por mejor decir un Demonio , á vista de los Sagrados Altares en un tiempo de recogimiento , y de oracion , en su propia Capilla dispara contra aquel sagrado corazon sus homicidas , y matadoras armas. ¡ Pero á donde no penetra , y á qué no se atreve la impiedad , quando se la quiere reducir à la disciplina ? ¿ Qué digo yo ? El Angel , que velaba en su conservacion para dicha de la Iglesia , detuvo el tiro : *El fuego* (como dice la Escritura) *olvidò su fuerza , (a) y perdiò su virtud en favor de*

(a) Sap. 16. v. 18.

de este justo ; y aquel terrible , y fatal plomo , sin hacer efecto , fue à caer á los pies del Santo Arzobispo.

Mas todos estos obstaculos los supera , y vence con una firmeza , y una inmutabilidad de espiritu admirable. Pudierase haver dicho , que Dios le havia hecho una columna de hierro , y una muralla de bronce , para resistir à todos aquellos , que se havian de oponer al designio , que tenia formado de restablecer la penitencia. Hace Dios , que su Iglesia tome por medio de sus cuidados nuevo semblante. Los Religiosos , que antes no tenian mas , que el hábito de la Religion , que profesaban , bolvieron à tomar el espiritu de sus primeros Padres , y Fundadores. Las Casas Religiosas , y Virgenes Christianas , que antes estaban sin clausura , y sin regularidad , llegaron à ser unos jardines cercados , y unas fuentes selladas por la guarda , y custodia del Divino Esposo. Los Sacerdotes , que havian despreciado la gracia de su vocacion , y havian servido de escandalo à sus hermanos , llegaron à ser los instrumentos de su conversion en las manos de San Carlos. Poblaronse los Seminarios de una nueva casta de obreros Evangelicos , que encendieron el fervor de la piedad en toda la extension de su Diocesis. Bolvieron á entrar las ovejas en el redil ; los niños fueron ilustrados , è instruidos en las verdades Christianas , el Pueblo llegó à ser sabio , y piadoso , como el Sacerdote ; el luxo fue abolido ; las malas costumbres como arrancadas de raíz ; la nobleza bvolvió à entrar en la piedad , los subditos en la obediencia , los Superiores en la caridad , los criados en la fidelidad para con sus amos , y todo el Milanés llegó à ser una nacion santa , un Sacerdocio Real , un Pueblo de adquisicion , por los cuidados , y por los trabajos de su Arzobispo.

¿ Y de qué os parece que alimenta estas almas asi dispuestas ? ¿ Es acaso de aquellas devociones superficiales , que reprimen en lo exterior algunos ayres mundanos , pero dejan en el corazon la libertad de sus deseos ? ¿ Es por ventura , de aquellas sutilizadas espiritualidades , que se exal-

lan

lan en pensamientos frívolos, y en mysticas expresiones? ¿Es de aquellas doctrinas, y de aquellas tradiciones humanas, que acostumbra à escusar, y à sufrir los pecados, y no à combatirlos? No por cierto; alimentalos de la antigua verdad de la Iglesia. Supo muy bien discernir, y desenredar, lo que un uso vano ha introducido entre los fieles, de lo que la doctrina pura de los Santos havia establecido en todos los siglos, y remontandose hasta aquellas primeras fuentes, que han esparcido las aguas de la verdad en el Christianismo, para hacerlas que corriesen de nuevo sobre su Pueblo, tomó por regla del gobierno de su Iglesia à la Iglesia misma, y à las santas constituciones, que ha establecido en sus antiguos concilios; y que ultimamente ha renovado en el de Trento. ¡ Con qué cuidado no las hizo executar en su Diocesis! Por ellas hizo reflorcer la penitencia: Por ellas, como que bolvió à plantar la Religion en los corazones, y bolvió à poner à los Altares en su antigua veneracion, y el Sacerdocio en su honor, y dignidad; por ellas despertó el zelo de los Pastores echados á dormir, y formó tan buenos Prelados, y tan Santos Sacerdotes, que quieren trabajar à todas horas en la viña del Señor.

Pueblos Christianos, ora sea de la Ciudad, ó de la campaña; no digais yá, que careceis, ni de instrucciones, ni de exemplos. No escuseis mas vuestra ignorancia con la de los Eclesiasticos, que os gobiernan: No tomeis ya por pretexto de vuestras durezas, à su avaricia: No busqueis mas, para autorizar vuestra desidia, à su ociosidad. San Carlos los ha corregido ya de estos defectos, acusaos à vosotros mismos de la aversion, que teneis á curaros, y de la pereza de acudir al Medico; del poco aprovechamiento que haceis del Evangelio, que se os anuncia; del poco cuidado, que teneis, de escuchar los consejos de los Ministros, fieles de Jesu-Christo. San Carlos alimentó à su Pueblo con estas mismas verdades, pero aun le alimentó con sus limosnas; y esto es lo que me resta que probaros.

TER-

TERCERA PARTE.

Ninguna cosa hay tan propria, y conveniente à los que Dios ha elevado à la dignidad de su Sacerdocio, como la misericordia, y la liberalidad para con los pobres. Ellos son Ministros de la Iglesia, y deben tomar sus costumbres, y gobernarla segun su espiritu. La Iglesia ha nacido en la pobreza de Jesu-Christo, y ella misma ha dicho por la boca de sus primeros Padres, *que no tenia oro, ni plata.* (a) Sus riquezas son su fé, su paciencia, sus Sacramentos, sus verdades, y sus esperanzas eternas. Y asi es obligacion de los Sacerdotes de Jesu-Christo, y aun mucho mas de los Obispos, hacer de los bienes espirituales, como un fondo natural de su ministerio, y mirar los bienes temporales, como un fondo extraño, y ageno, que no está en sus manos, sino para pasar de ellas à las de los pobres. Además de esto, tienen el lugar de Jesu-Christo entre los fieles, y por consiguiente deben conformarse con sus exemplos. Pues Jesu-Christo nos lo ha dado todo, y se ha dado él mismo à nosotros: Ha venido à consolar los desgraciados, à curar los enfermos, y aliviar à los pobres: Ha dado de quando en quando señales de su grandeza, pero no ha cesado de mostrar su bondad.

Aquellos, pues, que son los Gefes, y cabezas de la Religion, deben representarle, no tanto imitando su autoridad, como exerciendo sus misericordias; porque en vano se gloriarán de ser los sucesores de su poder, si no lo son de su caridad. Por otra parte, los Obispos son propriamente los Padres de los Pueblos; no solamente para instruirlos, sino tambien para alimentarlos. La Providencia

(a) *Argentum, & aurum non est mihi.* Actor. 3. v. 6.
Tom. 2. Z.

cia Divina ha querido, que estas mismas limosnas, que se dan para rescatar los pecadores, y satisfacer por los pecados, sirvan para aliviar las miserias: Que los mismos Ministros, que le ofrecen el sacrificio, esten empleados en distribuir à los pobres las ofrendas de los fieles: Que despues de haver dispensado el Cuerpo, y Sangre de Jesu-Christo al pie de los Altares, vayan à derramar sus propios bienes à los Hospitales; y que con la misma mano, con que echan la bendicion al Pueblo, le asistan en sus necesidades, porque estos dos officios salen de un mismo fondo de caridad; y ninguna cosa dispone tanto à los hombres, à aprovecharse de los bienes espirituales, que se les presentan, como este cuidado de asistirlos en sus necesidades temporales.

Sobre estos principios de Religion fue sobre los que San Carlos emprendió asistir à los pobres. Era este Santo uno de aquellos *hombres de misericordia* (como dice la Escritura) *cuya piedad fue inagotable.* (a) Pudierase haver dicho, que Dios por sí mismo le havia enriquecido, para hacer ver, hasta donde puede llegar la liberalidad Christiana. La fortuna de sus Abuelos, la herencia de sus Padres, el favor de un Pontificado, herencias, dignidades, beneficios, Principados, grandezas del siglo, y de la Iglesia, todo se ha reunido en su persona; y con todo eso, ¿qué uso hace él de sus bienes? Entrad en su Palacio; sola su antigüedad le hace venerable, y nada vereis en él de grande, mas que la virtud del Arzobispo, que le habita. Mirad esas paredes; no es el oro, ni la plata quien las cubre, la imagen de Jesu-Christo crucificado, y las señales de su passion son las que están pintadas en ellas por todas partes, y no puede la vista emplearse en otra cosa, que en objetos de penitencia, y de devocion.

Con-

(a) Eccli. 44. v. 10.

Considerad su mesa, nada huele en ella à delicadeza, y no sufre, que se le ponga mas de aquello, que basta para el socorro de la necesidad de la naturaleza, ó para una frugal hospitalidad. Ved su tren, y no advertireis tropas de criados, ó de cortesanos, que le rodean; es la humildad, la caridad, la modestia, y un tropel de virtudes Christianas, quien le acompaña. Abrid, si quereis, sus cofres, y no hallareis en ellos, ni fondos, para proveer à su vanidad, ni ahorros, para contentar à su avaricia. ¿Pues donde esconde sus tesoros? En esos Hospitales, donde nada falta, y donde la pobreza por sus beneficios llega à hacerse opulenta: En esas casas, adonde su caridad curiosa vá à descubrir las miserias, que oculta la vergüenza: En esos Monasterios, que él ha fundado para la seguridad, y para la educacion de las doncellas Christianas; En esos refugios, donde la castidad está defendida de las tentaciones, y de la indigencia: En esos Seminarios, donde se sustentan, y à un mismo tiempo se instruyen Sacerdotes, que no eran ignorantes, sino porque tenian la desgracia de ser pobres.

Este fue el empleo, que hizo de sus riquezas. ¿Y os le representaré yo aquí, tan presto en medio de un tropel de mendigos distribuyendo el pan de la palabra de Dios con el alimento corporal, aliviando su miseria por su caridad, é inspirandoles la paciencia por medio de sus palabras? ¿Os le representaré humillado delante de los pobres, sirviendolos en sus necesidades, consolandoles en sus males, curando sus llagas, y bajandose à los ministerios mas humildes de la misericordia Christiana, sin atender à sus propias enfermedades, y à su delicadeza natural; y sin temer el poner à los pies de los pobres de Jesu-Christo aquella purpura, que apenas se humilla delante de las testas coronadas, y de las cabezas soberanas? ¿Os le representaré visitando su Diocesi, y dejando en todas partes, por donde pasaba, vestigios de sus compasiones, y de sus beneficios; dando à unos con que suplir la esterilidad de sus

Países, à otros con que reparar las desgracias de la fortuna; proveyendo para la vocacion de esta, y para el dote, y Matrimonio de aquella?

Pero no digamos cosa, que no sea muy singular en elogio de un Santo tan grande. Apartense de aqui avergonzadas aquellas personas circunspectas, y economicas, que han recibido mucho, y que dan poco; que cuentan con Dios, y con los pobres, y derraman sus consolaciones gota à gota, como dice el Propheta, y ansiosas del dia de mañana (contra las reglas del Evangelio) y temiendo siempre empobrecer, desconfian de la providencia de Dios, y no exercitan, sino con repugnancia, su misericordia. No hablamos menos con aquellos, que en el orden de una justicia comun, guardan una honesta proporcion entre sus bienes, y sus limosnas; que dan à los pobres todo quanto pueden cercenarse razonablemente à si mismos; y que queriendo cumplir con la ley de Dios, pero no aspirando à la perfeccion Evangelica, se consideran à lo menos como los primeros pobres, reservan para si aquello, que de derecho creen que les pertenece, y distribuyen en limosnas lo que sobra à sus comodidades; ò quando mas, de sus necesidades particulares.

Pero San Carlos estiende à mas su caridad. Distribuye à manos llenas, y por todas partes, y su izquierda no examina lo que hace la derecha. Le parece no haver hecho todo el bien que debe, si no hace todo el bien que puede; y la medida de su liberalidad es la de sus bienes, y de su amor paternal para con sus Pueblos. Por nada cuenta, quanto hace en la distribucion de sus riquezas; cree, que los pobres tienen necesidad de todo, y que él jamás tendrá necesidad; y no contento con ser liberal, llega à ser santamente prodigo. Veinte mil escudos dados de una vez, no era mas, que una de sus limosnas; quarenta mil escudos de oro dados en un dia, no eran mas, que una de sus buenas obras. Corre como un rio su caridad en las aflicciones comunes, y en las escaseces extraordinarias.

Es

Es una fuente, que se derrama enteramente, y que no solo riega algunas tierras esteriles, y secas, sino que inunda toda la Provincia. No sabe escasear, ni repartir con economia sus bienes, quiere, que toda su Diocesis goce de ellos à un tiempo; y que todos aquellos, à quienes la Providencia Divina ha puesto à su cargo, lleguen à ser santos; y no sean infelices, ni miserables. Para esto no bastan sus beneficios, vende hasta su Patrimonio, y se despoja de su Principado de Arona.

Por lo que toca à las rentas Ecclesiasticas, ¿quien no sabe, que estos son bienes consagrados à Dios, en los quales tienen los pobres su porcion, y su herencia? No se puede disiparlos, y mal gastarlos, sin remordimiento de la conciencia: Por dureza que tengan los que las poseen, la conciencia arranca de quando en quando alguna parte à la codicia, y es necesario haver perdido, no solamente la caridad, sino tambien el pudor, para no asistir al proximo en las necesidades extremas. Mas por lo tocante al Patrimonio, este se quiere para si; ciertos respetos de familia, ciertos instintos de amor proprio hacen, que se tenga à ello algun apego: Conservase con cuidado; aumentase con placer; defiendese con calor, quando se le quieren disputar; dae todo lo demás para restaurar, lo que se ha perdido; mirasele como al fruto del trabajo, y de la industria de sus Padres, y como un fondo de Justicia, que nada debe à la caridad.

De otra manera bien diferente piensa San Carlos: Cree, que todo le pertenece à Dios, y que no puede hacer cosa mas gloriosa en memoria de sus Padres, que ofrecer à Dios en los pobres todos los bienes, que le dejaron. Jesu Christo es su Padre, la Iglesia es su Madre, sus Pueblos son sus hijos, su Diocesis es su familia, y los pobres son sus herederos. Dales su casa, y las riquezas, que les pertenecen. La ambicion, y la vanidad han hecho, que los Reyes de la tierra diesen Ciudades, y Reynos, que havian tenido la dicha de conquistar, y que no havian

te-

tenido fuerzas para gobernarlos; y la caridad, mas generosa, obliga à San Carlos à dar un Principado: Feliz en haverle tenido por su Señor; y mucho mas feliz por haverle cedido à Jesu-Christo en sus pobres. Pero si es tan liberal de los bienes de su casa, ¿qué uso pensais vosotros, que hizo de los bienes de la Iglesia? ¿Se reservó él, por ventura, la menor parte, no digo yo para sus vanidades, para sus placeres, ó para sus comodidades; pero ni aun para sus necesidades; y no como quiera necesidades, sino para sus necesidades urgentes? ¿Juzgó acaso, que sería necesario sostener su Dignidad por el fausto, y la opulencia? ¿Distinguió en sus rentas, aunque grandes, la porcion del Obispo, y la de los pobres? Yo bien sé, que los bienes, aun los temporales, no dejan de ser necesarios, à los que están puestos en los primeros ministerios de la Iglesia, para conservar la decencia de la Dignidad; para hacer mas venerable su autoridad à los ojos de los Pueblos; para contener en las ocasiones à la insolencia, y à la impiedad; para mantener la disciplina, y el orden de la jurisdiccion espiritual. Pero, y quan dificultoso es, que con el pretexto de estas decencias, ó razones de estado no se violen las esenciales leyes del Obispado; que queriendo partir con los pobres, no se les cercene una parte de lo que les pertenece; que no se defraude à la caridad, lo que se dá à la razon, y à la costumbre; y que no se haga servir à la vanidad del Ministro, lo que no debia emplearse, sino en honor del ministerio.

Bien lejos estaba de caer en este desorden San Carlos. Temiendo no dar bastante, lo dá todo: Por el temor de no tocar, à lo que pertenece à los pobres, les dá lo que es suyo; por miedo de retener algo superfluo, hurta á su Dignidad todo aquello, que le era necesario à los ojos del Mundo; cree, que un Obispo debe hacerse venerable, no por la magnificencia de su tren, ò por el esplendor de su Dignidad; sino por el exercicio de la caridad, y por las funciones de su ministerio. Esta fue toda su gloria;

y.

y há mucho tiempo, que la Iglesia no ha visto cosa mas grande, que un Arzobispo, un Cardenal, un sobrino de un Papa de riquísimo, que era, haver llegado à ser muy pobre; no por gastos locos, y superfluos, sino por una santa profusion de todos sus bienes por Jesu-Christo, y por sus pobres.

¡O qué grande es nuestro Santo, quando despues de haver trabajado todo el dia en la viña del Señor sin descansar, *llevando el peso del dia, y del calor*, (a) apenas halla, quando buelve à su casa un pedazo de pan para reparar un poco sus fuerzas, y conservar para el dia siguiente un residuo, ó reliquia de su trabajada vida! ¿Qué grande es, quando despues de haver dado los muebles de su casa, y hasta los ornamentos del Altar; y de haverse reducido á un Roquete de tela gruesa, y à un Baculo de madera tosca, dà à la Iglesia de Jesu-Christo la alegría de bolver à ver la dichosa sencillez, y simplicidad, y la rica pobreza de sus primeros padres! ¿Qué grande se muestra, quando vende hasta su propia Cama por asistir á los enfermos, y quando despues tiene, que dormir en el suelo; tan contento por haver exercido la caridad, como por practicar la penitencia! ¿Qué grande, en fin, es San Carlos, quando salto de todo vé con gusto sumo, que es él el primer pobre de su Diocesis! Pero, ¡y quan grande no fue, quando en lo mas riguroso de una peste, que se havia encendido en la Italia, despues de haverse despojado de todo, dà todavía su vida por su Rebaño! Y quando en el ardor de su zelo exclama con el Apostol: *No solamente queriamos comunicaros el Evangelio, sino tambien dar por vosotros nuestra propria vida.* (b)

Representaos aquel desgraciado tiempo, en que los

As-

(a) Matth. 20. v. 12.

(b) *Volebamus tradere vobis non solum Evangelium Dei, sed etiam animas nostras.* 1. Thesal. 2. v. 8.

Astros despiden malignas influencias; en que el ayre, que se respira, es mortal; en que la tierra es maldita, y seca; y en que toda la naturaleza lleva consigo las señales de la ira de Dios ofendida de los pecados de los hombres. Tiempo funesto, en que se sufre, y padece sin esperanza, en que se vive sin socorro, y en que se muere sin consuelo; en que se teme, y se huye aun de los que se aman; en que el evidente peligro parece, que dispensa de la Ley de asistir à sus hermanos, y en el que por mucha piedad, que se tenga por otros, guarda uno toda su caridad para sí mismo. Tal era la miseria del pueblo de Milán. Gemia esta Ciudad, tan noble, y tan poblada bajo esta terrible plaga de la justicia de Dios, que le arrebató en bien poco tiempo mas de veinte mil almas. Los ricos iban á buscar su seguridad en los retiros distantes, y apartados; los pobres, que quedaban, eran consumidos por el hambre, ó arrebatados por la enfermedad, y Milán no era mas, que un Cementerio para los muertos, y un Hospital para los vivos. No estaba menos asolada la campaña; y lo que á este estado hacia mas deplorable, era la falta de socorros espirituales por todas partes. El temor de la muerte havia hecho huir dispersos à los Pastores, nadie se atrevia á oír á los penitentes, ó à llevar el pan de vida á los moribundos. No corrían menos peligro las almas, que los cuerpos; y no siendo muchos, ni excitados à su salvacion, ni estando instruidos de sus obligaciones, tocados de la enfermedad, y del pecado, abrigaban en su seno dos pestes á un tiempo, y morían con una duplicada muerte.

En esta ocasion fue, quando S. Carlos mostró su zelo, y su ternura para con su Pueblo: Comovieronle todas sus entrañas. Dice con el Apostol S. Pablo: (a) *Que él era deudor*

(a) Rom. I. v. 14.

deudor à todos, y que deseaba sacrificarse por sus hermanos. Carne, y sangre, razon humana, persuasiones verisimiles, vosotros no tuvisteis ningun poder sobre su espíritu, ni sobre su corazón. Dícenle, que su vida es importante al Público, y él responde, que aun le es mucho mas importante á Dios la salvacion de una alma; que aquella era una obra de perfeccion, y que está persuadido, à que su estado le obliga á ser perfecto. Replicanle, que esto es un consejo; y el respeto, y la fidelidad, que tiene á Dios, le hace querer, no solamente lo que Dios manda, sino tambien lo que aconseja. Representanle, que esta no es una obligacion de justicia; y él cree, que las obligaciones de la caridad no son menos indispensables. Dícenle, que pocos Obispos lo hacen; y él responde, que es necesario, que de quando en quando haya alguno, que lo haga.

¡Que no pueda yo representarosle, yendo à todas las partes, y lugares infestados del contagio, para asistir á sus pobres ovejas enfermas, y desvalidas; atravesando las calles, à quienes una triste soledad hacia espantosas; entrando en unas casas mas lugubres, que los sepulcros; pasando por medio de aquellos mortales alientos, que de todas partes exhalaba un monton de muertos, y de moribundos; llevando en sus manos sagradas, y caritativas los remedios del alma, y del cuerpo; oyendo las confesiones, administrando la Santa Uncion; distribuyendo el Cuerpo, y la Sangre de Jesu-Christo; rezelandose de los menores accidentes en sus pobres, y no temiendo nada para sí mismo; impelido de ternura, y de compasion por sus ovejas, duro, y è insensible para sí mismo, y para la conservacion de su propia vida! Que no pueda yo representarosle recurriendo à la oracion, y à la penitencia, caminando los pies descalzos, una soga al cuello, sobre sus espaldas una Cruz pesada, pidiendo à gritos misericordia para su Pueblo, mas humillado en lo interior, que en lo exterior; ofreciendose à sí mismo

como una hostia viva, y como una víctima publica por los pecados de los Milanese, cuyo castigo queria padecer él solo!

Pero basta deciros, que Dios, que ha suscitado este Pastor á su Diocesi, para exercer en ella su caridad, le ha suscitado tambien á toda la Iglesia, para avivar la caridad de los Christianos de estos ultimos tiempos, tan relajada, y tan tibia. ¡Pero ay de mí! Jamás hubo tantas ocasiones de ser caritativos; las necesidades son muy urgentes en la Ciudad; la pobreza es casi universal en el campo; las enfermedades han llegado á ser mas largas, y mas frequentes; las estaciones toman el rumbo de ser mas asperas; y los años mas estériles; los Hospitales están llenos; las Parroquias están abrumadas con el numero de los pobres vergonzantes, que tienen en sí: ¿Y qué esfuerzos haceis vosotros, para remediar tantos males?

¿Donde está la caridad, donde está el zelo de San Carlos? Todavía nos resta alguno en esas Congregaciones, ó Compañías, que tan santamente ha instituido para el alivio de todas las miserias humanas. A vosotros os toca, almas christianas, devotas de San Carlos, por obligacion, y caritativas como él por profesion, el hacer revivir el espíritu de vuestro Santo Protector, derramar el buen olor de sus virtudes, y dár en esta Parroquia grandes exemplos á todas las otras. A vosotros, digo, os toca consolar á los afligidos, socorrer á los necesitados, visitar, y mantener á los pobres, y asistir á la viuda, y al huérfano. Renovad en este día ese fervor, de que haveis dado tantas señales. Proseguid amontonando thesoros para el Cielo por el buen uso, que haceis de vuestros bienes sobre la tierra. Mostrad al resto de los demás fieles las diferentes especies de misericordia, que vosotros exercitais. Conducid á las almas tibias por los caminos de la caridad á aquellos oscuros lugares, adonde la pobreza se retira, y sufre sin ser sabida, ni conocida. Exigid,

y sacad de las almas, aun las mas codiciosas, y avarientas con vuestras santas importunidades, un tributo saludable á la afliccion, al hambre, y á la desnudez. Comunicad, en fin, ese espíritu de compasion, que haveis recibido de Dios, para que conspirando todos á exercer la misericordia, la recibamos nosotros de Dios en la tierra, y en el Cielo. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

PREDICADO EN LA IGLESIA

(que fue) de Padres Jesuitas, de la Casa
Profesa de Paris en el año
de 1688.

Ni Dominus Servo: Est in vita. Et se-
per. Compelle hunc, et applica
domus mea.

Dixo el Señor á su Siervo: Sal á los Cami-
nos, y á los Vallados, y obligales á en-
trar para que mi Casa sea llena.
capitulo 1.º v. 2.º.

Arce me, Señores, que Dios en las
grandes empresas, y establicimien-
tos, para repetir sus favores, ó para
facilitar la execucion de sus designios
secretos, le capta siempre, y se ha
valido de dos hombres diferentes, para
que fuesen los Ministros de su mise-
ricordia, ó de su poder. Quando quisó establicer su Rey-
y formase un Pueblo, que le pudiesen por su título.

